

## LA VIDA CONTEMPORANEA

## SALUD EN EL FANGO. — LA TOJA

Háblase del fango, en dramas, comedias, novelas y artículos sentimentales, con desprecio tan profundo como injustificado y caprichoso. ¿Qué es el fango, en rigor? Tierra y agua — el mundo entero. — Vil é impuro se le llama, y no atino porqué. Tanto valdría llamar impuro al negro terruño donde el trigo brota.

Los baños de la Toja son de fango. La Toja, una isla en la ría de Arosa, en esta provincia de Pontevedra cuya galanura y belleza se han hecho proverbiales ya en España. Por si el lector no sabe lo que es una ría — advirtiéndole que sólo existen verdaderas rías en el país gallego, — diré que son brazos de mar que al internarse en la tierra reciben mezcla de agua dulce. A dos pasos de la brava costa, donde el airado Océano rompe sus espumas; cerca de la terrible playa de la Lanzada, con sus olas gigantes, se tienden y culebrean las suaves rías, mansas y halagadoras, entre doble festón de pinares y de rientes campos de vid y maizales, con playitas coquetonas y enenadas diminutas teñidas por el rosa fugaz de las nubes ó por el azul de un celaje puro. Así como á Suiza la caracterizan los lagos, Galicia posee en sus rías la nota dominante de su incomparable hermosura.

Algunas islas salpican caprichosamente el curso de las Rías Bajas, y la de la Toja fué hasta no hace mucho islote abandonado y desierto, donde no se alzaba ni rastro de humana vivienda. Los maravillosos manantiales que brotaban en su suelo se descubrieron por rara casualidad, semigrotesca. Cuando en Andalucía quieren expresar la aridez y ruindad de un predio, dicen que sólo sirve «para revolcadero de un burro.» Pues bien: en la Toja se reconoció el tesoro que la isla contenía, por haber servido de revolcadero de un burro precisamente. Cuenta la leyenda que en el Grove, aldeíta de la costa fronteriza, un aldeano poseía un borrico tiñoso, tan pelado y tan cubierto de costras y mataduras que daba horror. Apiadado su dueño, no queriendo matarle, le abandonó en la isla; y grande fué su asombro al encontrar, á la vuelta de algún tiempo, un rucio sano, gordo y sin mácula, y al observar que el animal tenía costumbre de revolcarse en cierto charco fangoso, donde surtía un chorro de agua hirviente. De este descubrimiento á ensayar el remedio en un ser humano poco va; y al ver que el hombre enfermo se curaba igualmente, descubiertas quedaban las virtudes de estos barros.

La medicina tendrá que estudiarlas muy á fondo, pues no basta la experiencia cosechada ya para conocer el extenso radio que la acción de estos manan-

tiales abarca. Los profanos sólo podemos decir lo que salta á la vista. Lo primero que sorprende en los manantiales de la Toja es la extraña circunstancia de que broten casi juntos, á distancia cortísima, tres chorros, el uno casi hirviendo, el otro templado, el otro enteramente frío, como si para templar y graduar un baño los repartiese por grifos desde invisibles calderas un experto bañero. Mis conocimientos en geología é hidrografía no son bastantes para decidir si este caso es realmente tan extraño como parece. Muchos creen explicarlo todo aseverando que la isla es de origen volcánico. No falta, sin embargo, quien asegure que no hay tal origen volcánico; y en efecto, la estructura de la isla, á mi parecer, poco ó nada se diferencia de la de cualquier cerro de los muchos que se alzan en estas márgenes. Si el hecho de los tres manantiales que surten á tan diferente temperatura no es asombroso dentro de la ciencia, para los que no somos sabios confieso que sorprende y que hasta mueve á admiración.

Única en el mundo es la composición del agua turbia y rojiza que de los manantiales se derrama. Lo mismo el *sprudel* ó hervidero que los otros chorros, llevan disueltos en su corriente poderosos elementos vitales: yoduro, bromuro, cloruro de sodio, litina, arsénico — una composición que tiene algo de alquimia celestial. — Sumergidos en el baño de la Toja, los cojos andan, los ciegos ven, los atacados de males perniciosos salen curados y limpios. Realmente se ven aquí milagros, y se recuerdan — dentro de lo humano — los efectos de la piscina probática, después de que agitaban su tersa superficie las alas del ángel.

Venimos á la Toja algunos que no padecemos cosa grave, y sólo buscamos en los barros riqueza para la sangre y sedación para los nervios; pero la mayoría de los concurrentes *traen malicia*, como aquí dicen. Abundan sobre todo los cojos, y de los cojos, las nueve décimas partes son niños, á quienes las escrófulas obligan á usar muletas. Es conmovedor ver á los cojitos, deseosos de jugar con los otros niños sanos, de travesear alegremente, y corriendo con su pata encogida, risueño el rostro que empalideció la enfermedad. A veces, á la puerta del balneario, esperando á que se desocupe la pila, un grupo triste — un padre llevando en brazos un bulto que es el cuerpo de una niña enferma, envuelta en mantas. — Generalmente los niños, en esta isla, parecen flores marchitas; si no son escrofulosos, son por lo menos linfáticos; muchos atacados de clorosis, de anemia, de esa desnutrición que roba el fosfato á los huesos; niños seriecitos, de ojos azules reflexivos ya, de piel casi transparente, con tonos de cera, de lacio pelo rubio, parecidos á los infantes que retrató Sánchez Coello. A pocos baños sus mejillas se sonroscan, sus pupilas brillan; su sangre, regenerada y tonificada, corre rápida, y les impulsa á la actividad: se les oye gritar, se les encuentra en el muelle ó en los pinares, bulliciosos como deben ser los chicos, pues no hay pena mayor que ver á una criatura «formal.»

El día en que la Toja sea lo que debe ser, y se entere España de que los barros de Lonjo curan hasta el *lupus* horrible y contienen hasta la lepra devoradora; que sobre todo atajan en su misma fuente el gran mal de nuestro siglo, el que prepara la tuberculosis, azote de la juventud, aquí habrá un Sanatorio especial para los niños. En esta atmósfera, saturada de la resina de los pinares, del salitre del mar, de las emanaciones vigorizadoras del triple chorro, los niños se impregnarán de vida, criarán fuerza, sangre roja, sólidos huesos, y saldrán á la batalla que aguarda á todo hombre, recios, firmes, animosos — libres de impurezas y de miserias fisiológicas.

Dada la índole de las enfermedades que aquí se curan hoy por hoy (pues pocos adoptan la Toja como *prevención* y casi todos la emplean para *reparación*), parece extraño oír resonar las notas del piano y saber que en el salón se baila. El piano, eso sí, es una carraca; y el salón infunde melancolía, por lo tético del escaso alumbrado y lo lastimoso de la decoración, ya muy sucia, como lo está todo en este establecimiento. Y es curioso que, no obstante el aburrimiento que infunde verse encerrado en un is-

lote, recluso en incómodo alojamiento, obligado á disputar como se disputa un tesoro la posesión de una pila — porque faltan pilas y habitaciones en esta época del año, — no obstante ser tantos de los bañistas enfermos graves, de empobrecido organismo, anden de excelente humor, contentos como unas pascuas, y ni aun esas quejas de la comida, del alojamiento, de los precios, del trato, que suelen oírse en los balnearios, y más cuando se hallan en estado tan primitivo como por mil circunstancias se halla éste, revelan acritud ni enojo. Y es que los bromuros disueltos en el precioso fango é incorporados por medio de la absorción al licor de las venas, difunden paz y sosiego en el ánimo. No ha mucho oí que decía un bañista: «Aquí tengo el genio mucho menos iracundo.»

De manantiales afuera, todos los balnearios descuidados se parecen; todos presentan el mismo aspecto; por todos desfilan iguales tipos. La única diferencia es que en la Toja no se ven agüistas de afición. El que llega, después de dificultosísimo viaje, á esta isla, es porque trae la firme resolución de aprovechar los baños. Así se explica que hace unos cuantos días, cuando alguno de los propietarios quiso levantar las pilas é impedir que se bañase el público, éste se armó de palos y á su vez se dispuso á allanar la casa de baños y conquistar el agua á viva fuerza. Estos baños se toman con la misma fe que el pan bendito: se toman ahora en reducidos y destartados camarotes, como se tomaban hace quince años ó veinte, cuando el enfermo tenía que cavar ó mandar que cavasen un hoyo en la tierra, y reclinarse en aquel remedo y contraste de la sepultura, cubierto con una sábana y dejándose penetrar por el salutar fango hasta los huesos.

Y yo os digo que donde está el fango de la Toja, del país de los grandes manantiales minerales — Galicia, — rindan el pabellón los demás fangos y salitres de Europa, que no son para descalzarlo. Sólo que la Toja es, por hoy, como el diamante en su ganga, como la crisálida en su capullo. Aquí no se oye hablar ningún idioma extranjero; aquí no vienen ni portugueses; de Madrid poca gente; de las provincias españolas casi ninguna. Y no sé lo que sucederá si algún día se hacen famosos los baños de la isla. Temo que no haya barro á mano, barro suficiente.

EMILIA PARDO BAZÁN